

PACTOS, ALIANZAS Y PROGRAMAS

HA llegado la hora de la negociación. Negocia el Gobierno con la oposición. Negocian entre sí tanto los partidos de la oposición como los que podemos considerar herederos del franquismo. Y de todo este movimiento negociador, que bienvenido sea, a pesar de las dificultades que no son de dar por definitivamente liquidadas, están saliendo pactos y alianzas. De momento, todo el quehacer negociador se está centrando en el próximo episodio electoral. No seré yo quien niegue la importancia de llegar a un pacto libre y generosamente alcanzado por ambas partes, de cara a las futuras elecciones. De que ese punto se cumpla a satisfacción de las fuerzas políticas en presencia—todas, con la excepción de los grupúsculos de los ultras de ambos lados—depende el que el proceso de reforma llegue a un final que signifique la implantación real de una democracia pluralista, meta a la que aspiran la inmensa mayoría de los españoles. Si ese final se logra, ya se pueden arrumbar todas las retenciones que sobre la reforma ha habido en este último año y pico.

CON independencia de la forma tal como la ha pilotado el actual Gobierno de la Monarquía, el que exista en el país una clara voluntad negociadora significa por sí mismo un logro histórico del pueblo español, que con ello da muestras de una madurez, retóricamente esgrimida en ocasiones, realidad indiscutible de la cir-

cunstancia española actual. Prescindir definitivamente de dirimir las luchas políticas (y sociales, y económicas), que son connaturales con una sociedad moderna, mediante el recurso a la violencia, y sustituir ésta por la negociación como único instrumento válido de organizar la convivencia, me parece ser el signo más evidente de nuestra madurez. La misma calma, pero enérgica y sin vacilaciones, repulsa de los brotes de violencia de las últimas semanas, nos indican claramente que las fuerzas políticas que están en condiciones de asumir las responsabilidades del Gobierno tras las elecciones no están dispuestas a enredarse en una espiral de violencia, sino que definitivamente han optado por la vía pacífica de las elecciones. De todo esto los españoles, acaso por primera vez en nuestra historia, no podemos sino enorgullecernos y felicitarnos, y no apearnos nunca de esta posición. Mucha sangre ha costado llegar hasta aquí, pero España no está dispuesta en adelante a que su vida política sea otra cosa que lucha—la lucha es inevitable—, pero lucha pacífica, lo cual dista mucho de ser una utopía o una contradicción en los términos: la historia reciente de las democracias occidentales, al menos desde 1945, demuestra que ello es posible.

PERO observo que todo este ánimo negociador, que quiero entender en su más amplia dimensión, se está centrando exclusivamente en el proceso electoral. Sin duda es lo que tenemos como episodio político más inmediato, y es lógico que todos los esfuerzos se concentren en él. En este sentido, la negociación Gobierno-oposición tiene necesariamente que centrarse en ese objetivo, como paso primero y primordial para la aceptación de la entrada en el juego de las elecciones a las que conduce la reforma. Pero no ocurre lo mismo con las negociaciones que mantienen entre sí los diferentes partidos de la oposición o posfranquistas. Unos y otros nos anuncian cada día posibles alianzas electorales, que—de momento—, como el manto de Penélope, se hacen y deshacen de la noche a la mañana y que nos mantienen pendientes de una suerte de quiniela política en que se puede apostar por si llegarán o no a una alianza electoral los socialistas, o los centristas, o los demócratas cristianos. Qué alianza electoral y entre quiénes, a muy poca distancia de las elecciones, nos mantienen en suspenso los partidos políticos cada mañana

y cada tarde al leer los periódicos. Unos líderes dicen que ya han llegado a la alianza; otros lo niegan a renglón seguido; se disputa bajo qué signo se presentará la alianza hay alianzas que tienen sentido histórico, otras que ponen juntos a grupos que por su historia no son conciliables peleas personales entre líderes, que todo el mundo conoce, se esfuman ante la necesidad de lograr grandes alianzas de cara a las elecciones, etc. A mí todo esto me parece muy bien, entre otras razones porque es históricamente inevitable que se acuda a las primeras elecciones libres después de cuarenta años y a unas Cortes con el carácter de constituyentes en agrupaciones que no fraccionen al electorado en demasía y permitan mayorías capaces no ya de gobernar, sino incluso de proponer una nueva Constitución que tenga el respaldo de amplios sectores del electorado español.

PERO lo que yo, y supongo que alguno más que yo, echo a faltar en estas alianzas electorales es la existencia explícita de programas políticos que le den algún sentido a esas alianzas. Es decir, que además de aparecer juntos en las listas electorales, los que entran en alianza compartan alguna suerte de programa político, aunque sea mínimo, que oriente al elector, a quien veo en la tesitura de votar por la lista donde va fulano o mengano, pero sin saber a ciencia cierta qué es lo que se proponen hacer si alcanzan el poder. Hay demasiado de tertulia de amiguetes que deciden probar suerte juntos, a la sombra de unos u otros líderes. Porque de los partidos políticos, lo único que sabe el español votante es quién es el líder, cuando no una serie de líderes diferentes, pero con el mismo nombre u orientación de partido, cuyas diferencias de programa jamás se hicieron explícitas. Hay mucho también de juzgar de oídas: de oídas de lo que los nombres de los partidos significan en otros países del mundo occidental, o de oídas de lo que fueron esos partidos en el pasado histórico español. Los ejemplos son obvios, y no quiero referirme en concreto a ninguno en esta ocasión, porque lo que pretendo con este artículo (como vengo pidiendo desde hace más de un año) es que los partidos políticos descubran ante el ciudadano español que es quien lo ha de votar, el programa político que

José JIMENEZ-BLANCO

(Continúa en pág. sigte.)

PACTOS, ALIANZAS Y PROGRAMAS

(Viene de la pág. anterior)
va a guiar la actuación del mismo en cosas tan concretas como éstas: qué nueva Constitución proponen; qué "paquete", como ahora se dice, de medidas económicas tienen en cartera, cuál es su programa educativo o sanitario; por referirme a cosas en las que todos estamos interesados; qué solución ofrecen al agudo problema de las nacionalidades y regiones. No se me diga que el franquismo, durante cuarenta años, ha impedido que se pueda hacer eso. Para tener un programa de partido, en la legalidad o en la ilegalidad, lo que hace falta es tener ideas sobre cómo organizar la convivencia española desde un po-

der alcanzado democráticamente o desde una oposición lealmente sostenida. Para eso ha habido tiempo, incluso si se me apura, en el último año y pico; después de la muerte de Franco se ha abierto, primero, un estado de tolerancia, y después, un estado de legalización para la celebración de congresos por los partidos, de modo que debería ser ya algo perfectamente claro para los españoles qué significa cada partido. Y esto no ha ocurrido, o ha ocurrido de un modo muy escurridizo. Como he denunciado otras veces, los partidos se han lanzado a la caza del voto de los españoles, tratando de no asustar a nadie y de tranquilizar a todo el mundo, con el resul-

tado de que en este momento no se sabe—y, sobre todo, no lo sabe el españolito votante—qué significa en España votar al socialismo, a la democracia cristiana, al centro, a la derecha y, ni siquiera, al comunismo. Esta situación no puede durar ni un minuto más si queremos que la positiva voluntad negociadora que se respira por todas partes no acabe en un enjuego político que tenga mucho más que ver con el viejo sistema del "encasillamiento" que con el voto libremente emitido, con conocimiento de causa, frente a opciones políticas nitidamente perfiladas.

José JIMENEZ-BLANCO